

## *Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales*

CÉSAR VIDAL

Este año se cumplen seis décadas de la denominada Conferencia de Wannsee, esencial en la historia del Holocausto. A pesar de que los medios de comunicación no se han hecho especial eco del acontecimiento, éste ha contado, sin embargo, con cierta repercusión editorial. La primera muestra de la misma se encuentra en el libro de Mark Roseman, *La villa, el lago y la reunión. La Conferencia de Wannsee y "la solución final"*, Barcelona, RBA, 224 páginas. En él se nos narra cómo el 20 de enero de 1942, quince hombres pertenecientes a las más elevadas instancias de la administración del III Reich acudieron a una cita convocada en una villa situada a orillas del lago Wannsee, en un próspero suburbio de Berlín. Como buenos funcionarios germánicos, todos ellos poseían una educación formal y académica, e incluso una decena, "las dos terceras partes", contaba en su haber con un título universitario. La reunión fue breve y, en general, plácida e incluso cuando concluyó tuvo lugar una opípara comida al final de la cual se sirvió café y un excelente coñac. Los comensales que, a

esas alturas, bromeaban e intercambiaban chistes, acababan de diseñar las líneas maestras para el exterminio de once millones de personas, la totalidad de la población judía de Europa incluidos países como Gran Bretaña, Irlanda o Suiza que no habían sido invadidos por el III Reich. De las minutas de aquella reunión se realizaron treinta copias que fueron destruidas antes del final de la guerra para evitar un proceso por crímenes llevado a cabo por los aliados. Sin embargo, no siempre se logra borrar todas las huellas. La copia 16 fue localizada en 1947 en un archivador del ministerio alemán de Asuntos Exteriores y su contenido no podía resultar más revelador. Hasta la fecha, los alemanes habían fusilado a cerca de un millón de judíos en la URSS, invadida en julio del año anterior, y ya habían puesto en funcionamiento algún campo de exterminio como Chelmno. Sin embargo, no habían llegado a articular un plan global de genocidio que no sólo se ocupara de los judíos en los territorios ocupados, sino también de aquellos sobre los que se podría caer al concluir la guerra. Y es que, en enero de 1942, el III Reich no había decidido acabar con

todos los judíos como represalia por la derrota, sino como manifestación de su seguridad en la próxima victoria que, dicho sea de paso, nadie parecía poder negar. Durante los años siguientes, tanto Heydrich, el cerebro gris de Wannsee, como Eichmann irían trazando los detalles del plan de exterminio y no puede negarse que lo hicieron con una maestría diabólica. El presente libro, que incluye el famoso Protocolo, constituye un magnífico y sólido acercamiento al episodio, uno de los más siniestros y, a la vez, más relevantes de la Historia contemporánea, clara manifestación de que la especie humana no vive en una línea de progreso continuo y de que incluso se permite retroceder con frecuencia notable hacia las peores manifestaciones de la barbarie.

Otra también de especial importancia relacionada con el Holocausto y publicada recientemente ha sido Mengele. El médico de los experimentos de Hitler, de Gerald L. Posner y John Ware, publicada por la Esfera de los libros. La historia del trágicamente conocido doctor nazi constituye un verdadero paradigma de cómo una mente

brillante e incluso bienintencionada puede verse corrompida por ideologías como el nazismo. Mengele fue, sin ningún género de dudas, un hombre de su tiempo. En 1895 —un cuarto de siglo antes de su nacimiento—, un conocido texto de medicina alemán ya reclamaba lo que eufemísticamente denominaba “el derecho a la muerte”. En 1920, se había dado un paso más allá y se discutía el derecho —y la obligación estatal— de eliminar aquellas vidas consideradas sin valor. Se había iniciado una discusión médico-política que, como señalan G. L. Posner y J. Ware, persiste hoy en las aulas de la universidad de Princeton cuando se afirma que los padres deberían tener el derecho a aplicar la eutanasia a los hijos nacidos con malformaciones y no eliminados previamente por el aborto inducido. Desde luego lo que resulta cierto es que, a esas alturas del siglo XX, muy pocos pensaban que estaban transitando un resbaladizo terreno moral sino que, por el contrario, estaban seguros de estar sirviendo a la Humanidad. El propio Josef Mengele no era una excepción. Durante la adolescencia, había abandonado el catolicismo, la religión de sus padres, para entregarse a una corriente de activismo solidario que le llevó a afiliarse a los voluntarios de la Cruz Roja y a otras ONGs de corte humanitario. Deseaba servir a sus semejantes y eso le llevó a matricularse en la facultad de medicina y a cursar con verdadero

interés estudios complementarios en antropología. Como muchos jóvenes de todos los tiempos, ansiaba encontrar un esquema ideológico que le permitiera encajar el raudal de datos que llegaban hasta su corazón y su mente. Lo encontró en el nacional-socialismo alemán de Adolf Hitler no sólo porque era rabiosamente nacionalista sino, sobre todo, porque tenía la pretensión de dar una explicación científica a la lucha entre naciones y, especialmente, entre razas. Hitler había sacado las consecuencias en apariencia pertinentes de la teoría de la evolución de Darwin e incluso había llegado a la conclusión —muy en boga en el período de entreguerras— favorable a modelar genéticamente a los ciudadanos de una nación. A Mengele aquella amalgama le entusiasmó y decidió dedicarle sus esfuerzos y su existencia. Casado en 1938, no dudó en presentarse voluntario al estallar la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, no deseaba ser un simple soldado sino que hizo todo lo posible por lograr su admisión en las SS, la unidad de élite nacional-socialista que había logrado desplazar a las

primitivas SA. En junio de 1941, Mengele se hallaba sirviendo en Ucrania encargado ya de tareas relacionadas con el exterminio de los no-arios. Tras ser condecorado con la cruz de hierro de primera y segunda clase, fue destinado a Auschwitz, un campo en el que se combinarían el trabajo esclavo propio de campos como Mauthausen o Dachau, copiados directamente del modelo soviético, con el exterminio rápido y directo de los campos de la denominada Operación Reinhard como Treblinka o Sobibor. Antes de iniciarse la guerra, Hitler había intentado poner en funcionamiento un programa de eutanasia que no pudo llevar a cabo por las protestas denodadas de las iglesias católica y evangélicas. En aquel entonces, se había archivado el plan a la espera de tiempos mejores. Ese momento había llegado. Auschwitz iba a convertirse también en el laboratorio gigantesco y privilegiado de experimentos genéticos que permitieran mejorar la raza. Materia prima y amparo de las censuras morales de las distintas iglesias no iban a faltar. Sin embargo, para llevar a cabo esta sofisticada tarea se precisaban hombres con conocimientos científicos y, cuando uno de sus antiguos profesores propuso a Mengele como colaborador, la idea fue aceptada sin problemas. Desde mayo de 1943 a enero de 1945, el doctor Josef Mengele desarrolló en Auschwitz una labor que alcanzó una de las más

repugnantes cimas de la barbarie humana. Si jamás mostró malestar, si podía silbar música de Puccini mientras experimentaba con seres humanos, si era capaz de ordenar la muerte de millares de personas sin sufrir un simple escalofrío, se debió fundamentalmente al hecho de que estaba convencido de que su labor era buena para el desarrollo científico de la raza. A fin de cuentas, estaba sentando las bases de una ingeniería genética de la que, según lo veía él, sólo se podían esperar beneficios. Su especialidad fueron los experimentos con gemelos. Así, más de doscientas cincuenta parejas de gemelos, en su mayoría niños, fueron sometidos a sesiones experimentales en que se les ataba con correas a frías mesas de mármol y a continuación se procedía, generalmente sin anestesia, a manipularles la columna vertebral y a inyectarles o extirparles los ojos o los órganos internos. No resulta extraño que, por ejemplo, pudiera coser por la espalda y las muñecas a dos gemelos y a continuación lavarse las manos con jabón de olor mientras silbaba una melodía alegre o seleccionar día tras día a los presos que llegaban a Auchswitz indicando los que debían ser enviados directamente a las cámaras de gas. No se limitó a estas labores su trabajo en Auchswitz. Interesado en la manera de lograr que las razas inferiores controlaran su natalidad, también realizó pruebas de esterilización forzosa. Su preferida

fue la utilización de rayos-X, un método con el que consiguió castrar a una media de noventa parejas al día. Durante el verano de 1944, en Auchswitz se gaseaban diariamente nueve mil judíos en un esfuerzo por acelerar el programa de exterminio. En paralelo, su colección de ojos humanos clavados en la pared aumentaba y se incrementaba el número de métodos utilizados para arrancar la vida a los reclusos. Aunque estaba orgulloso de su labor, Mengele procuró mantener un silencio sepulcral sobre ella. Con todo, su esposa Irene debió percibir algo en el curso de una de las ocasiones en que se encontraron durante la guerra, porque solicitó el divorcio convencida de que su marido estaba llevando a cabo actividades claramente inconfesables. Mengele se casó entonces con su cuñada Martha, viuda de su hermano Karl, en un intento de salvaguardar la herencia familiar. En enero de 1945, Mengele se vio obligado a abandonar Auchswitz ante el avance de las fuerzas soviéticas. Para esa fecha, en torno a un millón de personas habían encontrado la muerte en el campo. Apresado por una unidad norteamericana en 1945, consiguió

regresar a la zona soviética y recoger todos sus papeles relacionados con los experimentos humanos llevados a cabo en Auchswitz. Comenzaba así una nueva vida en el exilio narrada con especial detalle en esta extraordinaria biografía.

Otro libro extraordinario relacionado con la Historia de los judíos es el de los franceses Jean-Christophe Attias y Esther Benbassa, *Israel, la tierra y lo sagrado*, publicado por la editorial Riopiedras. Esta obra, que obtuvo una enorme repercusión en Francia, constituye, especialmente en estos momentos, un aporte ciertamente excepcional al estudio del conflicto en Oriente Próximo. Como es sabido, la existencia de una Tierra prometida por Dios ha constituido siempre una parte nada despreciable de la fe de Israel. Sin embargo, curiosamente, ésta no ha sido vivida siempre de la misma manera. Abraham y sus descendientes inmediatos no poseyeron, desde luego, esa tierra e incluso la contemplaron como extranjeros y peregrinos contentándose con la idea de que un día sus hijos accederían a ella. Efectivamente Israel tomó el territorio tras la salida de la esclavitud de Egipto, pero no fue la suya una posesión pacífica aunque sí extendida en el tiempo. Desde el s. XV a. de C. hasta el año 70 d. de C., en que las legiones del romano Tito asolaron Jerusalén sin excluir el templo, el pueblo de Israel sufrió el acoso de filisteos, asirios, egipcios,

babilonios, persas y griegos así como una desmembración y un exilio llevado a cabo por Nabucodonosor II en el siglo VI a. de C. Sin embargo, contra lo que se afirma repetidamente, la aniquilación de Jerusalén en la guerra contra Roma no significó la dispersión de los judíos expulsados de su solar secular. En el siglo II d. de C., seguían firmemente asentados en él y se sintieron con la fuerza suficiente como para sublevarse contra Adriano, que decidió convertir Jerusalén en una ciudad totalmente pagana llamada Aelia Capitolina. En el siglo III, el gobierno local estaba en manos de sus magistrados y rabinos y así se mantuvo casi dos siglos más. Fue curiosamente el advenimiento de la Edad Media y, muy especialmente del islam, el que prácticamente borró del mapa, nunca mejor dicho, la presencia judía de la zona. Esa circunstancia provocó que durante siglos los judíos soñaran con la Tierra prometida —cada vez más espiritualizada— a la vez que se empeñaban en vivir en otra Jerusalén que lo mismo podía ser Toledo que Vilna. Se trató de un proceso que duró más de un milenio y en el curso del cual la recuperación de la tierra quedó absolutamente impregnada de tintes escatológicos pero no fácticos. Con la llegada de las revoluciones liberales, los judíos emancipados de Europa y Estados Unidos se veían tan sólo como miembros de una religión que no esperaban instalarse en la tierra de Israel antes de la llegada del

mesías. Esa concepción iba a sufrir una alteración fundamental por la suma de varios factores. Uno fue el de corrientes protestantes, como la de W. Blackstone, que consideraron que la segunda venida de Cristo sería precedida por el regreso de los judíos a su tierra y su conversión. Alentaron, por lo tanto, la primera a la espera de que se produjera la segunda, y lo hicieron con más de dos siglos de antelación a las obras de Herzl. Otro, más tardío, fue la sensación angustiosa que sintieron algunos judíos, como Herzl, de que no existiría posibilidad de vivir en paz mientras Israel no contara con un estado propio, tal y como dejaron de manifiesto el caso Dreyfus o los pogromos rusos. Finalmente, el triunfo de los nacionalismos y la creación de naciones como Italia, Alemania y, muy especialmente, Bulgaria llevaron a no pocos a creer que el proceso era factible. No obstante, no iba a tratarse de una tarea fácil. De entrada, la existencia de un territorio nacional judío no se identificó siempre con el territorio de Israel y se barajaron hipótesis como Uganda o Argentina. Tampoco quedó claro desde el principio cuál debía ser el idioma y no fueron pocos los

que propugnaron el yiddish o el alemán. Por si fuera poco, los opositores al plan fueron legión ya que consideraban como una blasfemia el intentar crear un estado que sólo podría ser establecido sobre bases seguras por el Mesías. Aunque ya durante el siglo XIX el sionismo contemporáneo fue contando con ideólogos y prácticos en número creciente, lo cierto es que no pasaba de ser una corriente minoritaria en el seno del judaísmo. Ni siquiera la declaración Balfour de 1917 anunciando la buena voluntad del gobierno de Su Majestad para permitir la instalación de un “hogar nacional judío” en el territorio del protectorado de Palestina cambió sustancialmente esa situación. Los judíos franceses, por ejemplo, se sentían profundamente identificados con los valores republicanos, mientras que los alemanes gustaban de jactarse de sus hazañas en el frente a las órdenes del kaiser. Fue el Holocausto el gran motor impulsor del sionismo al dejar de manifiesto que los judíos no podían contar con la solidaridad internacional para salvarse de una catástrofe de enormes magnitudes. Desde entonces hasta hoy, la historia, como demuestra magníficamente este libro que va de Abraham a Sharon, no ha terminado y las posiciones mantenidas por Israel en relación con la posesión de la Tierra siguen siendo múltiples. Precisamente por su carácter documentado y acentuadamente imparcial —dista años luz de ser

un panfleto pro-palestino o sionista— este libro resulta de lectura verdaderamente obligatoria para poder comprender un proceso considerablemente más complejo de lo que dan a entender las declaraciones reflejadas en algunos medios de comunicación.

No resulta habitual que autores españoles se ocupen del estudio de la historia de Estados Unidos. Sin embargo, se dan excepciones y con aportes notables. Uno de los más recientes y brillantes es el libro de Fernando Alonso Barahona titulado *McCarthy o la historia ignorada del cine*, publicado por Criterio. No cabe duda de que pocos episodios de la historia norteamericana reciente han provocado tanto apasionamiento como la denominada caza de brujas relacionada con el senador McCarthy. De creer lo que gritaba Robert Redford a Barbra Streisand en la película *Tal como éramos*, aquel acontecimiento sería una prueba palpable de que “Estados Unidos es una nación fascista” donde los artistas eran perseguidos por mantener unas opiniones contrarias al sistema. No resulta, por ello, extraño que haya sido utilizado por las izquierdas durante décadas para enfangar la visión mundial de Estados Unidos, de su democracia y del mundo de Hollywood. Hasta ahí la leyenda, el mito y el panfleto. La Historia fue muy distinta. Como demuestra el presente libro —auténtica delicia de documentación para el que

desea conocer la verdad más allá de la propaganda—, McCarthy no tuvo nada que ver con la búsqueda de comunistas en Hollywood y, a pesar de sus múltiples defectos y deficiencias, tampoco fue el sujeto loco, equivocado y dictatorial que suele pensarse. De entrada, fueron los personajes más destacados del Hollywood de la época —de Cecil B. De Mille a John Ford, de John Wayne a Gary Cooper, de Robert Taylor a Clark Gable— los que iniciaron un proceso para detener la creciente influencia comunista en el cine, una influencia que había tenido entre sus frutos más granados películas como *Misión en Moscú*, donde los procesos stalinistas de 1937-8 eran descritos bajo una luz positiva y las víctimas de Stalin aparecían como espías alemanes justamente castigados. No era el único producto, pero demostraba hasta dónde se podía llegar bajo influencia comunista, pero fue ese caldo de cultivo —y no la acción de McCarthy— el que llevó al Comité de Actividades Antiamericanas, presidido por J. Parnell Thomas, a buscar y rebuscar la infiltración comunista apoyado, e incluso impulsado, por actores y directores que veían con claridad lo que ya estaba

sucediendo. De esa acción no se derivó el aislamiento, a pesar de lo que afirman algunos libros, de ninguno de estos profesionales. Cecil B. De Mille, por ejemplo, no dejó de cosechar éxitos en los años siguientes y lo mismo podría decirse de Ford, Wayne o Cooper. Cuestión aparte es que una parte de Hollywood, convenientemente manipulada por la propaganda supuestamente progresista, se vengara años después en un Elia Kazan nonagenario negándose a aplaudirle cuando recibió un Oscar por el conjunto de su obra. Lo terrible de la actividad anticomunista en Hollywood es que los identificados, a pesar de sus protestas, sí eran correas de transmisión del partido comunista, un partido servilmente sometido a Moscú. De hecho, algunos de los que más defendieron su desvinculación —como Alvah Bessie, que combatió con las Brigadas internacionales en España— han visto décadas después cómo sus carnets aparecían entre los documentos exhumados en la extinta URSS. Si esa parte del mito queda extraordinariamente pulverizada en relación a Hollywood, aun más interesante resulta la parte del libro centrada en McCarthy. Que el personaje tenía sus limitaciones y defectos, incluido un innegable alcoholismo, es algo que nadie dudaría, pero junto a esa consideración se yerguen dos argumentos de enorme importancia. El primero es que McCarthy no estaba equivocado.

Existía un peligro real de infiltración que ha quedado de manifiesto años después al descubrirse la documentación de la operación Venoma y que alcanzaba más allá de lo que pudo pensar el senador. Pudo errar en la precisión del tiro o en el alcance del peligro, pero fue por defecto más que por exceso. La prueba está en cómo la bomba atómica fue robada a Estados Unidos por un conjunto de personas que juraban y perjuran su inocencia que luego se ha demostrado culpabilidad. El segundo argumento es que McCarthy tampoco fue tan terrible como se le ha pintado y que la propaganda y determinados intereses políticos tuvieron más papel en su caída que la realidad de sus acciones. El abogado Welch, cuyo choque con el senador es descrito magníficamente en las páginas 136 y ss del libro, podrá pasar a la historia como el desenmascarador de McCarthy pero, en realidad, no dejó de ser un cínico embustero dotado de unas nada pequeñas dotes de actor, algo que demostró interviniendo en calidad de tal en alguna sonada película. Por otro lado, la lucha de Eisenhower contra el senador estuvo más relacionada con el temor de que se revelara cómo había entregado a los soviéticos a millares de refugiados del Este de Europa a finales de la Segunda Guerra Mundial que con otro tipo de consideraciones. Habría que llegar a la última década del siglo pasado para que incluso algunos de los detractores de McCarthy —

como Jesse Friedman— reconocieran que su juicio sobre el senador había sido erróneo.

Ubicada en época tan distante como la Edad Media, la editorial Martínez-Roca publica la obra de Malcolm Barber, *Templarios. La nueva caballería*. Barber es uno de los grandes medievalistas anglosajones de la actualidad, como ha dejado de manifiesto en su magnífico libro sobre el proceso de los templarios traducido al castellano, o en su *Medieval Heresy*, aún inédita en nuestra lengua. En esta obra se detiene a historiar con notable seriedad la historia de la más famosa de las órdenes militares, y es que, desde su aniquilación por orden papal en 1313, los templarios han sido objeto de las más diversas especulaciones. Razones no han faltado, en parte, porque su proceso —que se prolongó a lo largo de siete años— fue un escándalo de dimensiones extraordinarias en el que unieron fuerzas para aniquilarlos una Santa Sede temerosa del rey de Francia y un monarca galo dispuesto a cualquier cosa para enriquecerse más; en parte, porque antes de que se cumpliera el año de la ejecución de Jacques

de Molay, el último maestro de la orden, murieron también los aniquiladores del Temple, es decir, el rey de Francia, su mayordomo Nogaret y el sumo pontífice; y, en parte, porque para aquel entonces el Temple contaba con 890 establecimientos entre castillos, casas subsidiarias y preceptorios. Aunque nacida después de la orden del Hospital —y quizá menos importante que ella—, el Temple ha quedado marcado siempre por su proceso y por una historia previa que fue, realmente, extraordinaria. A su papel de caballeros encargados de la defensa de los peregrinos a Tierra Santa y de la cristiandad frente al islam, sumaron una habilidad económica que los convirtió en los banqueros de occidente. El hecho de que no desarrollaran labores piadosas como los hospitalarios o pudieran ser fácilmente manejados como los teutónicos acabaron convirtiéndolos en objeto de envidias y de acusaciones que no siempre fueron reales. Esta obra —que se une a otras extraordinarias ya existentes en castellano y debidas, entre otros, a Demurger o Ricardo de la Cierva— nos permite adentrarnos en una historia secular y después recorrer su leyenda que comienza con De Molay y llega hasta El péndulo de Foucault pasando por Walter Scott o la novela gótica. Se trata de un libro ciertamente indispensable para los amantes de la Edad Media, de las órdenes militares, de las Cruzadas o simplemente de la historia bien contada y documentada.

También ubicado en ese período histórico, se encuentra la obra de Murasaku Shikibu, *Genji Monogatari*, publicada por la editorial Olañeta. De todos es sabido que las distintas culturas suelen contar con una obra paradigmática que resumen en buena medida no sólo el carácter de un pueblo sino también la esencia de su manifestación artística. En el caso del Japón, esa obra paradigmática, por encima de *Los 47 Ronin* o de *Rashomon*, no es otra que el *Genji Monogatari*. Aunque fue escrito en torno al año 1000 —una época en que Europa se recreaba con la poesía épica—, el *Genji* es una verdadera novela dotada de un encanto realmente extraordinario. Conocedora de la poesía clásica desde la infancia, su autora llegó incluso a aprender el chino para poder leer directamente obras como el *Po-chu-i*. Contrajo matrimonio con Nobutaka, un descendiente de los Fujiwara, un enlace que fue feliz pero breve. A los cuatro años su esposo falleció como consecuencia de una epidemia y ella se replegó en un retiro impregnado de melancolía. De él salió para convertirse en dama de honor de la emperatriz Akiko. Tenía entonces veintinueve años y estaba a punto de comenzar la redacción del *Genji*. El prodigioso libro narra la historia del caballero del mismo nombre, un personaje lleno de virtudes y cualidades externas que, no obstante, tiene enormes dificultades para captar la realidad

del amor y que va encontrándose junto a los abundantes retos de la vida con una galería de mujeres —especialmente Murasaki— realmente sugestiva y apasionante. Así, el *Genji* no es sólo un relato de caballerías, de cuyas características por otro lado participa, sino también una novela de iniciación en el curso de la cual su excepcional protagonista va madurando en todos los sentidos hasta acercarse a una bella aunque dolorosa plenitud. Al mismo tiempo, constituye una fuente indispensable para acercarse al alma del Japón, tan distante y, en ocasiones, tan cercana a nuestros sentimientos y emociones. Unas últimas palabras sobre la edición. No suele el autor de estas líneas detenerse habitualmente en el continente de los libros atento por regla general a su contenido. En este caso, la edición de Olañeta merece ser mencionada por su delicadeza y atractivos especiales. Provista de reproducciones de manuscritos del *Genji Monogatari* custodiados actualmente en el Linden-Museum de Stuttgart y el Art Institute of Chicago, de ella casi parecen emanar la pulcritud cuidadosa de la ceremonia del té, la reciedumbre elegante del cine de

Kurosawa y la suavidad lánguida de la música japonesa.

Para concluir, hay que detenerse en dos libros recientemente aparecidos que se relacionan con la historia de la España contemporánea. El primero es la reedición del libro de memorias de Pío Moa titulado *De un tiempo y de un país*. En los dos últimos años, Moa ha causado una verdadera sensación en el campo historiográfico por su trilogía sobre la segunda república y la guerra civil publicada por ediciones Encuentro. Sin embargo, este libro se dedica a describir lo que fue su actividad de opositor al régimen de Franco y su paso por el grupo terrorista GRAPO. Escrito de manera descarnadamente sincera, el relato nos muestra una oposición de izquierdas minúscula, perdida en discusiones sectarias, nada democrática y bastante dispuesta a desencadenar llegado el momento una lucha armada que concluyera con la implantación de una dictadura. La profusión de datos y, especialmente, la veracidad del texto lo convierten en un libro políticamente incorrecto porque deshace sin apelación posible buena parte de los mitos esgrimidos por la izquierda en el último cuarto de siglo. Seguramente, muchos llorarán —o rechinarán de dientes— porque ya va a serles muy difícil defender que también ellos estuvieron en mayo del 68, que las izquierdas eran pulcramente democráticas o que el terrorismo tiene una

legitimación. Sin embargo, la obra nos permite adentrarnos en un mundo como es el del terrorismo que cuenta con unos patrones mentales específicos y que, por puro amor a las libertades, deberíamos todos conocer.

Finalmente, “last but not least”, resulta obligado mencionar el último libro de Justino Sinova titulado *Un siglo en cien artículos* y publicado por la Esfera de los libros. La trayectoria de Justino Sinova como periodista es conocida de todos y valorada muy justamente en lo que tiene de verdaderamente excepcional y descollante. En paralelo a ella, se ha dado también la del ensayista y el historiador, quizá algo menos conocida por el gran público pero en absoluto menor en cuanto a su calidad y mérito. Si hace unos meses nos ofrecía un magnífico *Todo Franco*, publicado por Plaza y Janés, y escrito al alimón con Joaquín Bardavío, ahora nos encontramos con una extraordinaria antología del articulismo español del pasado siglo en torno a un centenar de firmas realmente excepcionales. Podrá decirse que no están todos los que son precisamente por la dictadura del número, pero sin duda alguna son todos los que están y lo son de una manera esencial. De Julián Marías a Federico Jiménez Losantos, de Francisco Umbral a Ansón, de Pedro J. Ramírez a Juan Luis Cebrián pasando por Dionisio Ridruejo, Ortega, Marañón, Wenceslao Fernández Flórez o

Ramón Gómez de la Serna, lo que descubrimos en las 526 páginas absolutamente sin desperdicio del libro es todo un universo periodístico desgranado línea a línea en la España del siglo XX. Delicado, punzante, áspero, tierno, valiente, arriesgado e incluso cómico, ese cosmos nos penetra por los poros del alma permitiéndonos vivir lo que fue el pasado con mucha mayor capacidad de acercamiento de la que encontramos en numerosos libros de Historia. El libro de Sinova, como ha sucedido con otros aportes historiográficos previos, se convierte por ello en una referencia útil, idónea y, sobre todo, abierta a ser consultada por una plural diversidad de manos, las del catedrático y el estudiante, las del lector habitual o el historiador, las del periodista y las del que simplemente desea saber más.